

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 214

25 cts

24 MARZO  
1929



- VAMOS A VER COMO ANDAS DE ARITMÉTICA: SI TÚ TIENES TRES  
PASTELES Y YO ME COMO UNO ¿QUÉ RESULTARÁ?  
- ¡UN DISGUSTO!

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL PARALELO 28° 17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

—Y he aquí los apuntes que he tomado.

Enrique apartó los platos y las

copas que aun ocupaban la mesa, y extendió sobre el mantel una hoja en la que estaba dibujado en doble esquema el globo terráqueo. Tres líneas lo atravesaban horizontalmente: el Ecuador y los dos paralelos 28°, 17' Norte y Sur; aquí y allá se veían señaladas líneas serpenteantes, indicando los cursos de agua en cuyas proximidades estaban escritos algunos nombres de ciudades. Un esbozo de carta geográfica que podía resultar útil para determinar el sitio en que se encontraban, las pruebas que hubieran podido devolver la libertad al ex-capitán D'Alimand y la ventura al pobre Enrique.

—Empecemos por el paralelo Norte—dijo el infeliz—y marchemos partiendo de Occidente. Aquí está el Río Grande del Norte que marca el confin entre los Estados Unidos y Méjico. Se encuentra con nuestro paralelo un poco al norte de Gálveston. Avanzando hacia oriente, del lado de acá del Atlántico, tenemos ahí el Nilo.

La intersección se verifica aquí, ¿lo ves? en Medinet-el-Fayum, un poco al sur del Cairo.

—Pero se necesitarían indicaciones más precisas y detalladas.

—Pueden tenerse mapas parciales, en una escala de mayor proporción. Pero la Sociedad Geográfica no los posee de cada uno de los países del mundo.

—Seguramente; haría falta adquirirlos en cada sitio o hacérselos remitir. Pero luego veremos lo que convendrá hacer. Sigue ahora adelante.

—El 28°, 17' norte pasa además a pocas millas

de la desembocadura del Eufrates, por el mar, afortunadamente; atraviesa el Indo y el Ganges en las regiones septentrionales de la India inglesa, a la altura de Delhi; y el Brahmaputra en la frontera de la Birmania con China...

—¡Canastos!

—Aun no he acabado. A oriente, queda otro gran río, el Yang-Tse-Kiang, que forma dos lagos, el Tung-Ting y el Po-Yang, ambos tocados por el 28°, 17'...

—Pero la carta no alude a un lago, habla sólo de un río.

—En tal caso el cruce tiene lugar un poco al sur de Chung-King.

—¿Y todo eso en el meridiano norte?

—No es poco ¿te parece?

—¡Canastos!

—Veamos ahora los puntos de intersección que se verifican en el hemisferio austral.

—Poco más o menos, será lo mismo.

—Más bien menos. Empezando siempre por occidente, he aquí el Paraná, al norte de la ciudad de Rosario, y luego el Uruguay, donde sirve de límite entre Uruguay y la Argentina. Los dos puntos se encuentran poco alejados de Montevideo y de Buenos Aires. Atravesemos una vez más el Atlántico. Mira el Orange, en el Africa Austral; este río, que también llaman Garib, corta el paralelo 28°, 17' en las cercanías de Griqua

—¡Bueno! ¿hay más?

—Hay más. Pasando a Australia, puedes comprobar que el 28°, 17' cruza el Warrego y el Condamine casi en el punto donde estos dos ríos se juntan para formar el Darling.

—Y ahora ¿has acabado?

—He acabado.

Quise examinar mejor el mapa, dibujado en sus trazos generales con mucha soltura, y hube de convenir en que la cuestión no era tan sencilla y fácil como a primera vista podría parecer.

—Son once puntos diversos,—observé, señalándolos en la carta con el dedo— once puntos esparcidos caprichosamente por todas las partes del globo. En algunas de estas comarcas se encuentra ferrocarril, telégrafo, correo, son, en fin, poblaciones civilizadas; el llegar a otras localidades de esas, no será, en cambio, posible sino a costa de graves trastornos y muchas fatigas, y tal vez no se conseguirá sin peligros...

—Ya ves entonces qué razón tenía al decir que esta única ocasión que se me ofrece de recobrar la tranquilidad, el honor y la fortuna para mi familia y mi nombre, me pone frente a tales dificultades que me será imposible darles cima.

—Este mi buen amigo Enrique, ¡siempre el mismo! Pronto al entusiasmo, pero más pronto, aun al desaliento. Te ruego que no exageres. No te negaré que la empresa es difícil, pero eso no significa que sea imposible.

—Sería preciso—insinuó el joven con un ardor febril en la voz trémula por la emoción y la excitación— sería preciso presentar esta carta a los jueces, o en el ministerio; elevar un recurso, para que se indague, se busque, se compruebe, se haga la luz...

—No des en inocente, Enrique, ahora que no lo eres. ¡En verdad, no se creería que has sido director de *La Actualidad*! Bien sabes qué valor puede tener para la autoridad judicial este pedazo de carta, manoseado, sin indicación de fecha ni de origen, y sin firma; fíjate bien; *sin firma*. Dirían que estás loco, y no harían absolutamente nada; máxime cuando sería necesario que las autoridades se reconocieran responsables de haber condenado sin la certidumbre de la culpa. Y aunque se persuadieran de la autenticidad de la carta y de la verdad en ella declarada, ¿crees tú que los peces gordos de la Audiencia y del Supremo querrían comprometer su reputación, por la felicidad y el honor de un oscuro guardacostas?

A mis palabras, Enrique sacudía la cabeza en actitud de desconfianza; sin embargo, mirábame

de frente, como esperando de mis labios la proposición práctica y segura que eliminase toda ingerencia de las autoridades constituidas para tocar más pronto los resultados.

—Hacen falta las pruebas...— proseguí yo.

—¿Las pruebas?

—Pues claro. Las pruebas que te brindan en la carta. Pero están allá, a lo largo del 28º, 17', en un lugar que por ahora es imposible concretar mejor. Por ahora, he dicho; porque es necesario, es indispensable que esas pruebas vengan a tus manos. Y lo estarán sin tardar mucho, no lo dudes.

—Pues date prisa. Pero se requieren medios, medios poderosos, que no están, que no pueden estar a mi disposición. Ya te lo he dicho: ¡es un imposible!

—¡Qué imposible! Es algo que es fuerza conseguir, a toda costa.

—Pero ¿de qué modo?... ¿de qué modo?

—¡Oh! no pretenderás, supongo, que los papeles que te interesan, salgan un día cualquiera de la caja de caudales que los custodia para venir, transportados por el viento, a caer en tu escritorio! Por consiguiente, ya que los papeles no se han de mover solos del lugar en que se hallan, será menester ir a buscarlos y cogerlos.

—¡Es cosa larga!

—Más difícil acaso que larga. Supongamos que uno de nosotros parta de París... Pongamos incluso que los investigadores sean dos, a cada uno de los cuales se confíen las pesquisas en zonas diversas, y que ambos marchen de aquí a ocho días, por ejemplo; dentro de cinco o seis meses lo más, estarías en posesión de los preciosos papeles.

—Aparentemente, la cosa sería posible en esa forma; pero olvidas...

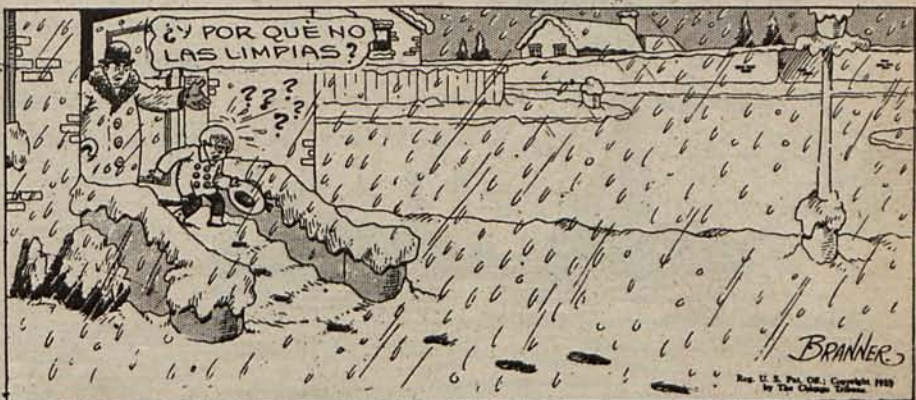
—¿El qué?

—Las circunstancias en virtud de las cuales esta famosa carta ha llegado hasta mí. ¿Cómo es que le falta la mitad? ¿Porqué, y por obra de

(Continuará en el próximo número)



# COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER

Reg. U. S. Pat. Off., Copyright 1929 by The Chicago Tribune

# LA ISLA DE FUEGO

POR E. SALGARÓ



(Continuación)

¿Qué tenían que temer? El mar estaba en calma, la noche era espléndida: la tierra estaba cercana y la travesía llegaba a su fin. Era ya media noche cuando un marinero avisó a mi

hermano que un fenómeno extraño e inexplicable acababa de ocurrir a la nave. Subió rápidamente a cubierta y ante sus ojos se ofreció un espectáculo nunca visto.

El mar, que poco antes estaba tranquilo como una balsa de aceite bullía y rebullía en torno a la nave mientras que grandes nubarradas de humo se alzaban en el lugar donde se hallaban señalados los bajos fondos.

Supuso mi hermano al pronto que aquello era indicio de alguna erupción submarina y dió orden de avivar el fuego en las calderas y pasar pronto a toda march aquel peligro.

Mas apenas hubo aumentado algo la velocidad cuando un choque violentísimo la detuvo haciéndola inclinarse bruscamente sobre un costado.

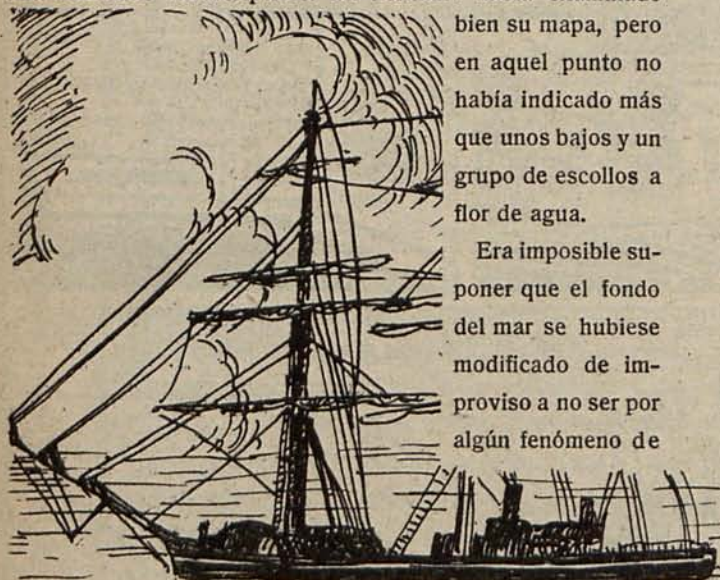
¡Puede Vd. imaginarse el súbito pánico que se apoderaría de los pasajeros! Se interrumpió el baile, a la alegría sucedió el espanto y todos se precipitaron a las toldillas causando una confusión indescriptible. Mi hermano había examinado bien su mapa, pero

en aquel punto no había indicado más que unos bajos y un grupo de escollos a flor de agua.

Era imposible suponer que el fondo del mar se hubiese modificado de improviso a no ser por algún fenómeno de

vulcanismo y parecía imposible creer que los navegantes no se hubieran percatado alguna vez del caso y hubieran olvidado dar aviso. Supuso pues mi hermano, justamente, que el fondo se había alzado aquella misma noche y adoptó toda clase de recursos para intentar desencallar la nave. Difícil era hacerlo a causa de la gran confusión que reinaba a bordo y por otro lado no era prudente permanecer mucho tiempo en aquel lugar a causa de los fenómenos terribles que se iban manifestando en el bajo. El mar continuaba bullendo en torno al barco y de vez en cuando surgían enormes lenguas de fuego que espantaban a los pasajeros. Por casi todos los puntos del bajo se veían subir enormes columnas de humo que impulsadas hacia la nave ponían a todos en serio peligro. Tan hediondo era aquel humo que cortaba la respiración y ante él huían marinos y pasajeros. Algún fenómeno volcánico debía haber ocurrido en el fondo del mar, o un volcán trataba de abrirse paso al través de las aguas o algún *maremoto* se preparaba no menos peligroso. Era media noche y la tripulación trabajaba afanosamente por desencallar la nave, cuando el mar de improviso se cubrió de fuego. Inmensos depósitos de petróleo encerrados en las entrañas de la tierra debían haber buscado salida quizá por alguna convulsión del suelo del mar y se habían mezclado con las aguas y subido a su superficie. Ya sabe Vd. que el petróleo arde muy fácilmente aunque esté mezclado con agua del mar o con humo. Puede imaginarse el terror cundido entre el pasaje y la tripulación al ver que el barco estaba envuelto en altísimas llamas. Mi hermano no era hombre que se espantase fácilmente y que perdiese por ello la cabeza; pero creo que cualquiera ante un peligro semejante apenas podría conservar algo de calma.

La nave amenazaba incendiarse y ya le dije que a bordo llevaba una carga de varios centenares de toneladas de madera de construcción. Entre tanto, en medio del estupor de todos, tras una inmensa llamarada se vió surgir lentamente una isla





en el mismo lugar donde el mapa señalaba únicamente la presencia de un bajo fondo.

Era la Isla de Fuego que hacía su aparición y que surgía del fondo del mar con horrendos silbidos mientras las aguas que habían subido a la temperatura de 60° bullían furiosamente.

El fuego se extendía. Pronto circundó la nave lanzando columnas de humo cada vez más pestilentes. La desesperación se apoderó del ánimo de todos. La muerte les parecía cierta, toda vez que el *Wright* estaba encallado y no podía en modo alguno huir del fuego que le amenazaba por todas partes. Las planchas de hierro ya se habían puesto al rojo y en la estiba reinaba un calor irresistible. La nave estaba convertida en un horno, y ¡qué horno!... Escenas horribles se desarrollaban a bordo mientras tanto. Hombres y mujeres como atacados de repentina locura corrían enloquecidos por la cubierta gritando y culpando a marineros y oficiales de haberles lanzado a una muerte segura.

Las rebeliones surgían ante el revólver mismo del comandante que juraba haría fuego sobre ellos si no se restablecía la calma y el orden. Y las llamas mientras tanto se abalanzaban hacia la nave con su humo cada vez más asfixiante. Las maderas de la estiba al contacto con las planchas de hierro al rojo se iban carbonizando.

Sin embargo, en medio de toda aquella confusión, mi hermano intentaba salvar a los pasajeros y a la tripulación. Reconocidas inútiles todas las tentativas para salvar la nave hizo sondear el banco sobre el que había encallado y pudo comprobar que aquel bajo fondo se había ido elevando poco a poco hasta formar una línea de escollos bastante amplia para recoger en ella a todos los que estaban en el buque. Sin perder tiempo dió orden de organizar el salvamento. Empuñando el revólver y valiosamente ayudado por los oficiales logró desembarcar sobre los escollos primero a las señoras y después a los niños: al fin tuvo que dar el grito de «¡sálvese el que pueda!» ¡Pero, por desgracia, ya era demasiado tarde! Toda la carga de madera encerrada en la bodega del buque

comenzó a arder y las planchas de hierro del casco, en exceso ardientes comenzaban a caer por todas partes.

El *Wright* ardía de popa a proa y aun faltaban por salvarse a bordo ciento cincuenta hombres. Mi hermano, de pie en el puente de mando hacía esfuerzos supremos por dar las últimas órdenes que tendían a hacer desembarcar a aquellos desgraciados. Algunos afortunados aun lograron, en efecto, descender sobre los escollos pero de pronto la nave se abrió y desapareció en el mar llameante hundiéndose consigo a aquellos hombres que no se pudieron salvar y a mi pobre hermano. Al día siguiente unos pescadores recogieron a los sobrevivientes pero el *Wright* ya no era visible y en aquellos bajos había surgido la Isla de Fuego que hace poco ha visto usted desaparecer.

—¿Y cuándo volverá a reaparecer de nuevo?—le dije asombrado por aquella narración que me parecía casi inverosímil.

—No tiene épocas fijas—me respondió el Sr. Watt.—A lo mejor surge durante seis u ocho meses y en una noche se incendia y vuelve a sumergirse.

—¿Es una roca?

—Un escollo que tiene en su cima un pequeño lago formado de petróleo y azufre líquido. Cuando se baja, el petróleo se esparce sobre las aguas del mar y al incendiarse flota y pone en serio peligro a las embarcaciones. Permanece sumergido durante tres, cuatro meses, un año a veces, después torna a mostrarse.

—¿Cómo se explica Vd. ese fenómeno singular?

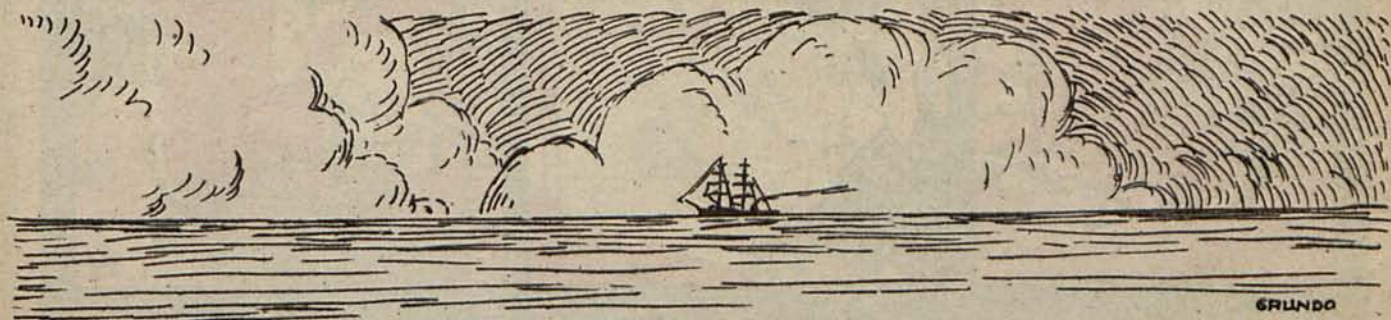
—Se supone que bajo ese islote existe un volcán submarino. Cuando el monstruo se enfurece debido a cualquier causa que ni aun los hombres de ciencia han podido explicar, alza el fondo del mar y hace emerger la isla.

En aquel instante una voz gritó:

¡Puerto Nelson!

Pocos minutos después el *Victoria* entraba en la bahía más pintoresca de Nueva Zelanda.

FIN



GRUNDO



# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



EL OTRO DIA QUEDÒ USTED MUY MAL  
TIRANDO AL BLANCO. DE CUATROCIE-  
NTOS DISPAROS, SOLO UNO DIÓ A CIE-  
N METROS DEL BLANCO.



ES QUE MI ESPECIALIDAD ES EL  
PIM PAM PUM. A ESO SI QUE TE  
JUEGO NUEVE Duros A QUE TIRO  
YO MEJOR QUE TÙ



¡VAN LOS NUEVE  
Duros!

¡POBRE CURRINCHE! ¡TE VEO EN LA  
RUINA! ¡NO SABES TÙ CON QUIEN TE  
JUEGAS LOS CUARTOS!



NI USTED TAMPOCO



COLOSAL  
PIM PAM PUM  
PROVEEDOR DE LA REAL CASA  
CINCO PELOTAZOS DIEZ CTS

SALUD,  
MAESTRO



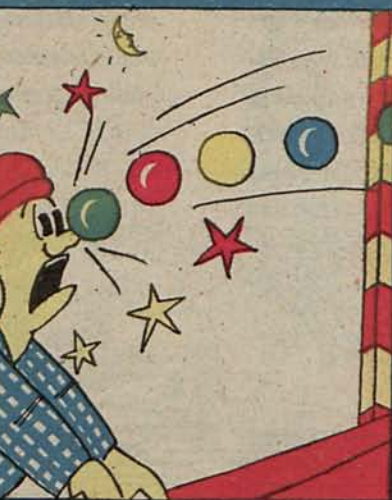
SI ME HACE USTED UNA REBAJILLA  
ME QUEDARÉ CON CIEEN PELOTAZOS



HAY QUE TIRAR DESDE DIEZ PASOS DE  
DISTANCIA Y EL QUE PIERDA  
PAGA



¿VES, AQUEL MUÑECO QUE LLE-  
VA HONGO? PUES A ESE LO VOY  
A DEJAR CHATO



¡ARREA, CURRINCHE, QUE ESE QUE HE  
DEJADO CHATO ES EL AMO!

**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡OYE PAPA HE DICHO  
A JUANITO QUE TU  
HABIAS VENCIDO  
A UZCUDUH!

¡NO MIENTAS, PUES  
SE TAMBLEARIA  
TU FAMA! ¡HAY  
QUE ESTAR  
SIEMPRE  
FIRMES!

¡HAY QUE  
ESTAR SIEM-  
PRE FIR-  
MES!

DESEMPA-  
NADO

¡DIGA DOCTOR! ¿QUÉ  
ME RECOMIENDA  
PARA ESTE REU-  
MATISMO?

¡HAY QUE ES-  
TAR SIEMPRE  
FIRME!

## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡PUES SEÑOR, CO-  
MO HADIE ME COM-  
PRA RAYOS, TENDRE  
QUE UTILIZARLOS  
YO MISMO!

¡ME VOY A IR DE ESTE  
MUNDO, EN DONDE  
NO CONSIGO  
MEDRAR!

¡PUEDE QUE  
CAMBIE MI  
SUERTE EN  
OTRO PLA-  
NETA!

¡ADIOS, MUN-  
DO AMARGO, HAS-  
TA MÁS VER!

¡HE LLEGADO A SA-  
TURNO A TIEMPO DE  
VER UNA CARRERA  
DE BICICLETAS!

¡MENTECATO,  
ME HAS HECHO  
PERDER LA  
CARRERA!

¡GANO EL PREMIO  
SI NO ME SUCEDE  
ALGUN CONTRA-  
TIEMPO!

¡PAF!

¡A MARTE  
VOY DE  
CABEZA!

# CUENTOS DE CALLEJA

## LA LÁMPARA DE FRANCISCO

Castillo

**U**NA vez, un soldado llamado Francisco, que se había portado como un valiente en las batallas en que había tomado parte, fué licenciado, como la mayor parte del ejército, y, no obtuvo ni la menor recompensa. Pidió una audiencia al Rey y reclamó contra aquella injusticia; pero Su Majestad despidió al solicitante con cajas destempladas.

—Tú me las pagarás algún día—dijo el soldado.

Y salió de la ciudad en busca de trabajo.

Por la noche entró en un bosque, y de pronto vio a lo lejos una luz; hacia ella se dirigió, y acabó por llegar a una casita donde halló una mala bruja de las que antes andaban por el mundo.

—Felices noches, buena mujer —dijo Francisco—; vengo a suplicaros que me permitáis pasar aquí la noche y me déis un pedazo de pan para cenar.

—Cualquiera otra —respondió la bruja— se negaría a dar alojamiento a un hombre que como tú, tiene trazas de vagabundo; pero yo tengo buen corazón y voy a darte algo para que mates el hambre. En cambio, espero que me podarás el jardín.

—Con mucho gusto—contestó Francisco.

Al día siguiente se puso desde temprano a podar el jardín, trabajo en que empleó todo el día.

—Bien has trabajado —dijo la vieja—; por lo cual mañana no quiero que hagas sino un ligero servicio que no te fatigará, y es que bajes al pozo seco del patio para que me recojas una lámpara que se me cayó días pasados y a la cual tengo en mucha estima, porque da una hermosa luz azul que no se apaga jamás.

Al día siguiente Francisco fue al pozo y bajó en una cesta atada a la cuerda de la polea. Cuando estuvo en el fondo vió, en efecto, una llama azulada que procedía de la lámpara mágica.

Francisco la tomó y agitó la cuerda. La bruja tiró de ella, y cuando Francisco llegó a la boca del pozo, la vieja extendió la mano y dijo:

—Dame mi lámpara.

Pero Francisco, que se había vuelto algo desconfiado, contestó:

—Antes quiero tener mis pies en tierra firme.

—Dámela en seguida— dijo la bruja llena de cólera. Francisco rehusó de nuevo, y entonces la vieja, ciega de

furor, soltó la cuerda y el pobre hombre cayó al fondo del pozo. Sin embargo, no se hizo el menor daño.

Cuando se levantó y pensó en la triste suerte que lo condenaba a morir de hambre, le vino a la memoria el recuerdo de que tenía en sus bolsillos una pipa medio llena de tabaco.

—Será mi único consuelo —se dijo— dar aun algunas chupadas.

Y el hombre quiso encender su pipa en la llama azul y ponerse a fumar. En el mismo momento apareció delante de él un hombrecillo negro que, arrodillándose con respeto, le dijo:

—Mi amo, ¿qué mandas?

—¿Que qué te mando? —respondió Francisco sorprendido—. Pues que me saques de aquí.

El enano, entonces, le condujo a una caverna donde la bruja tenía guardados sus tesoros. Allí metió las manos hasta el codo el bueno de Francisco, y con los bolsillos llenos de oro y de diamantes salió, guiado por el enano, a la luz del día.

—Ahora —dijo—, árame a esa bruja y entrégala a la justicia.

El chiquitín se fué, y bien pronto reapareció montado sobre un enorme gato salvaje y llevando delante, atada de pies y manos, a la horrible bruja para entregarla a la justicia; al poco rato volvió y dijo:

—¿Qué más tengo que hacer?

—Vete a descansar —respondió Francisco—; pero, si te necesito, ¿cómo te he de llamar?

—Pues enciende tu pipa en la luz azul

Francisco salió entonces del bosque y volvió a la capital: se hizo vestir por el mejor sastre y fué a habitar la mejor fonda de la ciudad.

Al cabo de algunos días se le ocurrió una idea, y, encendiendo la pipa, hizo venir al duende.

—Escucha —le dijo—; quiero vengarme del Rey que me ha tratado tan mal, y esta noche me traerás a su hija para que me limpie las botas.

—Nada más sencillo— contestó el enano.

Y en efecto, a eso de la media noche trajo el enano a la Princesa, que parecía dormir despierta como los sonámbulos.

—A trabajar, Alteza; servidme como yo he servido a vuestro padre. Tomad esta escoba y barredme la casa.

La Princesa, muda y con los ojos cerrados, hizo, mal que bien, lo que se le ordenó.





—Ahora, aquí tienes cepillos y betún: a limpiarme las botas.

La hija del Rey obedeció de nuevo; pero, como jamás había hecho cosa semejante, tardó mucho tiempo en concluirla. Después, el enanillo la volvió a sus habitaciones.

Al día siguiente, la Princesa contó a su padre lo que ella misma pensaba que era un sueño.

—Sin embargo —añadió—, estoy tan fatigada, que creo que tengo quebrantados los huesos.

Pero el Rey, que sabía que en aquellos tiempos de hadas pasaban cosas muy extraordinarias, tomó el asunto en serio y dijo a su hija que por la noche se llenara de guisantes los bolsillos y que en estos hiciese un agujero.

Así lo hizo la niña; y cuando el enano vino a cogerla y la transportó por los aires a la habitación de Francisco, los guisantes cayeron y hubieran podido indicar dónde se hallaba la Princesa. Pero el enano comprendió la astucia, y, después de volver a la Princesa a palacio, estuvo desparramando guisantes por toda la ciudad.

Dijeron al Rey lo sucedido, y éste se confirmó en la sospecha de que su hija estaba haciendo en realidad de criada, lo cual mortificó mucho a Su Majestad.

Y como todo el piso de la ciudad estaba lleno de guisantes o chícharos, no pudo averiguar cual fuese la casa adonde la niña había sido conducida las noches anteriores.

El Rey, después de haber reflexionado largamente, dijo a la Princesa que se acostase con las zapatillas puestas, y que, si otra vez se la llevaban, procurase dejar uno de los chapines oculto en la casa donde iba a parar.



Así lo hizo, y esta vez el hombrecillo no se enteró de nada, por lo cual, cuando al día siguiente los soldados del Rey registraron todas las habitaciones de las casas de la ciudad, descubrieron en la de Francisco el chapín de la Princesa.

Inútil es decir que fué preso en el acto y llevada a los calabozos más seguros.

A través de los barrotes de su prisión vio que estaba de centinela uno de sus antiguos compañeros de regimiento.

—Escucha —dijo Francisco—; cuando te releven, vete a la habitación que yo ocupaba en el hotel. En el fondo del armario encontrarás un saco lleno de oro, que es para tí, y no te pido en cambio sino que me traigas una cajita de cobre que encontrarás al lado del dinero.

Ni corto ni perezoso, el soldado volvió a la media hora con la cajita, donde ardía, como siempre, la lámpara.

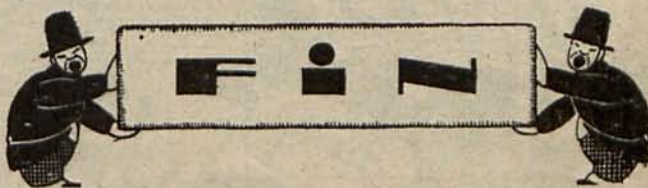
Tranquilo ya Francisco, se dejó condenar a muerte como reo de haber insultado a la Majestad Real por medio de una brujería desconocida. Se le llevó al cadalso, que se levantó en la Plaza Mayor de la ciudad. Allí se había reunido una multitud inmensa. El Rey, con toda su corte, estaba sobre un estrado para gozarse presenciando el suplicio.

Durante el trayecto, Francisco pidió al verdugo como último favor que permitiese fumarse una pipa. Esto le fue concedido, y, en cuanto comenzó a dar unas cuantas chupadas, se le presentó el enanillo.

—Apalea a toda esa corte, al Rey, a los jueces y a todas las autoridades. Respeta únicamente a la Princesa, porque ya la he hecho sufrir demasiado, y la pobre es inocente de las maldades de su padre.

El enano, con su fuerza sobrenatural, comenzó a dar palos a derecha e izquierda y puso en fuga a todo el mundo, excepto al Rey, que de los estacazos no se pudo mover. Entonces pidió perdón a Francisco, y éste se le otorgó sin condiciones.

Pero el Rey no quiso ser menos generoso y casó a Francisco con su hija.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



Dime, curioso Chonón ¿de qué vamos a hablar hoy?

—De la piel. ¿Quieres decirme, mi querido buho, para qué sirve la piel?

—Me lo preguntas de una forma que das a entender tu indiferencia por la piel.

—Precisamente indiferencia, no. Pero no creo que sea tampoco ningún órgano de importancia primordial para nuestra vida. ¿Podríamos vivir sin piel?

—De ningún modo, Chononcito. Ya ves como estás perfectamente equivocado en tu apreciación acerca de la piel. No podríamos vivir sin ella porque desempeña una función muy importante en nuestra vida.

—¿Es órgano vivo, la piel?

—La piel consta de dos partes. Una llamada «dermis» o piel propiamente dicho, que es un órgano viviente, sensible, y otra que se llama «epidermis» que cubre a aquella y que es la insensible, lo que pudiéramos llamar parte muerta, como las uñas y el pelo. Cuando nos damos un pinchazo sentimos la sensación en la dermis.

—¿Y por qué dices que la piel es indispensable para nuestra vida?

Porque no solamente desempeña el papel de cubrir y proteger nuestro cuerpo, sino que ejerce una función muy importante en la respiración.

—¿Pero es que la piel respira?

Ella no respira, pero por la influencia que sobre ella ejerce la acción de la luz podemos respirar con más amplitud.

—Explicáte mejor mi querido buho, porque no te entiendo bien. Me has hablado de la respiración y de la luz y no acierto a comprender qué relación pueda tener lo uno con lo otro.

—La tiene y muy directa. Está plenamente demostrado que en un ambiente muy iluminado se respira mucho más oxígeno que en un ambiente oscuro. Viviendo continuamente en un sitio privado de luz se detiene el desarrollo y se empobrece la sangre. La piel no es indiferente a los rayos luminosos. Sus poros se abren a la acción de la luz y por ellos penetra el oxígeno. Por eso es una costumbre sumamente higiénica exponer a la luz todo el tiempo posible las manos y la cara.

¿No sería mejor exponer todo el cuerpo?

—Sin duda alguna. Los baños de sol al aire libre son muy sanos. Nuestros cuerpos agradecen mucho la luz del sol y el aire puro.

Por eso me agrada a mí tanto el campo. Todo en él, es salud y belleza. Ahora mismo estaría yo de muy buena gana en el campo. Si no fuera por esta charla...

—La charla no tiene la culpa. Lo mismo se puede hablar en casa que en el campo. La culpa ha sido exclusivamente tuya, por no haberlo pensado antes y nos hubiéramos visto en el campo.

—Qué se le va a hacer, otra vez será. Anda, háblame de la piel.

—La piel es un tejido muy elástico, y gracias a esta propiedad podemos mover todos nuestros miembros sin dificultad alguna. Si la piel no fuese elástica, no podríamos volver la cabeza, ni mover los brazos y las piernas, no podríamos andar, ni agitar los dedos, ni reírnos, ni en general movernos. Si la piel fuese rígida, nos parecería que estábamos encerrados en un molde de hierro.

—Oye ¿y por qué se arruga la piel cuando nos hacemos viejos?

—Precisamente, porque el tiempo va gastando esa elasticidad, y como durante el transcurso de la vida ha ido dando de sí, llega un momento en que la piel tiene que recogerse en surcos o arrugas. Estos surcos son siempre reveladores del carácter de la persona. Por ellos se descubre qué individuo es alegre y sonriente, y cual serio y melancólico.

—Es curioso, pero tienes que aclararme esto. No sabía, ni sé aun, que el carácter de las personas influyese en las arrugas de su cara.

—Pues influye y mucho. La explicación es bien sencilla. La persona de carácter alegre está casi siempre con el gesto de la sonrisa en su cara. Ya

sabes que cuando nos reímos se dibujan en nuestro rostro unas arrugas que semejan a un paréntesis dentro del cual se abre la boca. Al cabo de los años este juego de la piel, ha determinado arrugas características de la risa. En cambio el hombre serio arruga la frente y el entrecejo, y estos son los surcos que más se acusan en su vejez. Comprenderás que el fenómeno es bien sencillo.

—Muy sencillo. Ahora ya lo comprendo perfectamente.

—En la piel se albergan unas glándulas llamadas sudoríparas, cuya función es segregar un líquido llamado sudor, que tantos beneficios nos reporta.

—¿Por qué?

—Porque el sudor mantiene nuestros cuerpos en una temperatura soportable. Gracias a él no nos achicharra el calor del verano, ni nos huela el frío del invierno. El sudor es un excelente regulador de nuestra temperatura. En los días de mucho calor necesitamos de algo que refresque nuestro cuerpo y este algo es el sudor.

—¿Estás seguro de que el sudor nos refresca?

—Segurísimo. Este sudor que brota de la piel, se deposita en su superficie y al entrar en contacto con el aire se evapora, pero para evaporarse ha de necesitar calor, y este calor se lo quita al cuerpo. Por eso, la evaporación del sudor produce una sensación de frescura muy agradable.

—¿Y cuando hace frío también sudamos?

—Entonces ocurre lo contrario, nuestro cuerpo necesita conservar todo el calor posible y la cantidad de sudor que secretamos es muy escasa.

—Oye, mi buen buho ¿es cierto que la piel está llena de agujeritos?

—Ciertísimo. Esos agujeritos son los que dan salida al líquido segregado por las glándulas sudoríparas.

—¿Y no entra por esos agujeritos el agua cuando llueve?

—No me hagas reír, Chonón. Ya puedes comprender que si el cuerpo del hombre estuviese abierto al agua, al polvo y a todas las inmundicias que nos rodean, no sería posible la vida.

—Pues si esos agujeritos están abiertos no sé por qué no ha de entrar por por ellos el agua.

—Porque la estructura de la piel es tal, que permite salir el agua de dentro a fuera pero nunca al revés. Es decir, que la piel es impermeable, pero sólo en un sentido. Esta propiedad es de una importancia extraordinaria, porque permite que la sangre se descargue del exceso de agua que contiene y no deja, en cambio, que nada del exterior, como no sea el oxígeno, llegue hasta ella.

—Tienes razón, ahora me doy cuenta de la razón con que te reías antes. Si no fuese por la piel, toda la suciedad del exterior se pegaría a nuestro organismo y nos infeccionaríamos a escape.

—De todas formas, y aunque la piel protege, es más que conveniente, necesario, mantener la piel limpia de toda suciedad.

—Hombre, eso ya lo sé. Para eso está el agua y el jabón. Supongo que no lo habrás dicho por mí.

—Ni por tí, ni por nadie. Lo he dicho como advertencia de que la piel, aunque protege, no debe mantener suciedad alguna, porque a veces cualquier pequeño corte o arañazo, puede servir de vía libre para una infección, y esto se evita con limpieza.

—O sea con agua y jabón.

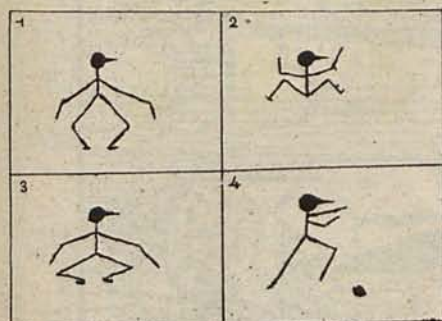
—Eso mismo.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Salto de Pinocho  
Am paró Zatarain



Historieta  
L. Fernández



Un retrato  
Ramón Reinaldo



Indio  
Santiago Gallego



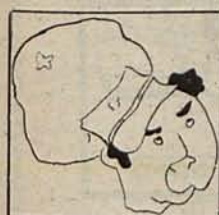
Pinocho y Don Turu  
Manuel Fernández



Dos sabios  
Joaquín Maestre



Lo que puede el ingenio  
N. N.



Caricatura de Franco  
Juan Noya, 12 años



Una dama  
Teresa Pérez, 10 años



Una rosa  
Paquita Carreño



¡A la cárcel!  
L. Fernández



Carmela  
Pepita Alcázar



Jack Demsey  
Santiago Gallego



Catedral de León  
Santiago Rodríguez  
11 años



La casa de Pinocho  
S. P.



El Rey Sanseacabó es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta.



Un velero  
J. Llacer



Un moro  
Francisco Nieto  
10 años



Mi chinina  
M.ª de los Angeles Ortiz



El mundo lee Pinocho  
Luis Vidal Ribas



P. Miquelarena  
Lolita Fernández  
13 años

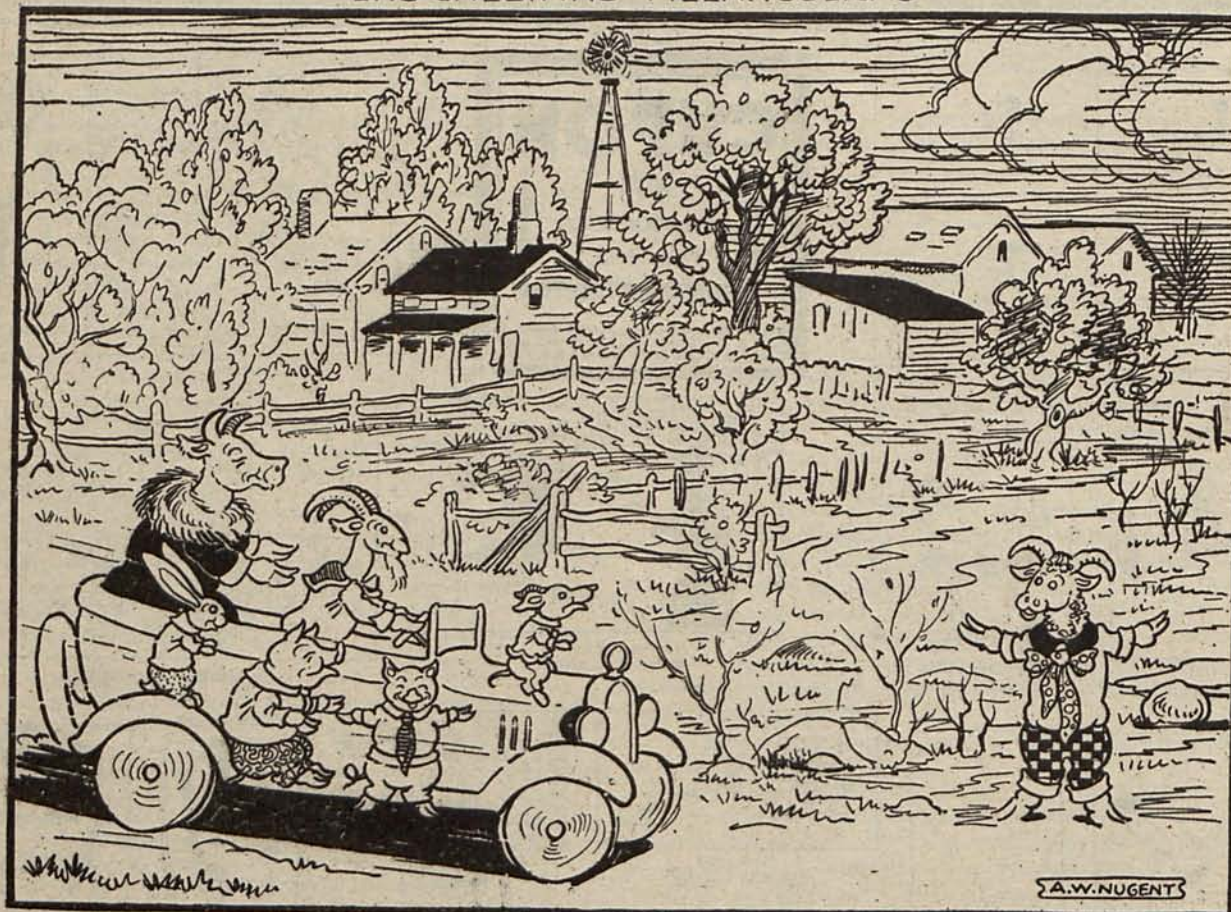


Tarzan de los monos  
Santiago Gallego

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

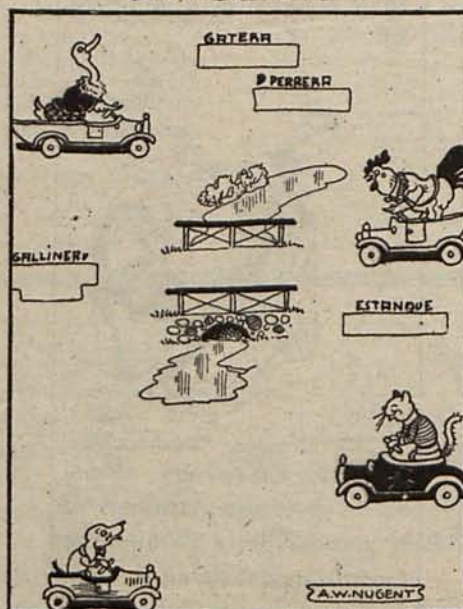
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS GALLINAS MELANCOLICAS



## EL PUENTE

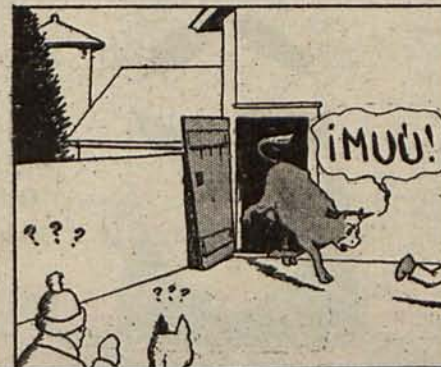
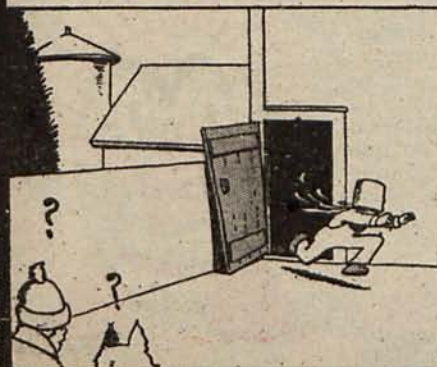
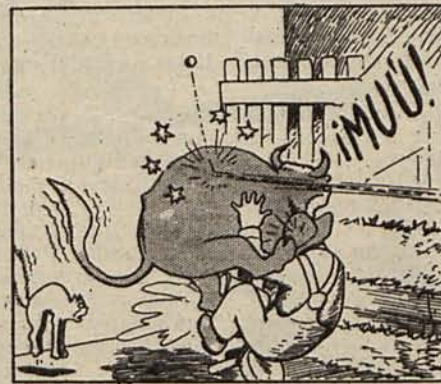
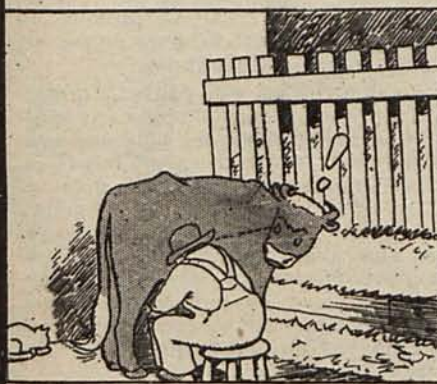
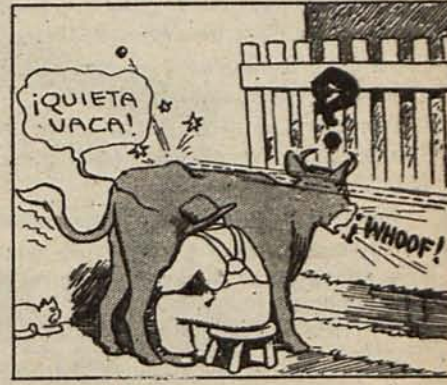
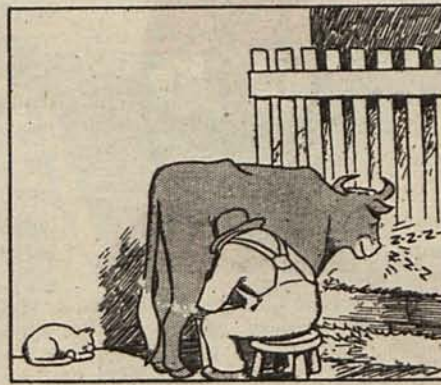
Va tan tranquilo el señor chivo conduciendo a sus amistades en su nuevo auto, cuando de repente le sale al camino su amigo Soriano para decirle que por allí no se puede pasar por que entre la maleza hay escondidas tres melancólicas gallinas y el auto las podría atropellar. ¿Podriais decir vosotros, émulos de Pinocho, donde están ocultas las citadas aves?



Podéis ver, en el dibujo, un perro, un gato, un gallo y un pato, con su automóvil respectivo. Cada uno va de viaje al lugar que los letreros indica. Es decir que el gallo va al gallinero, el perro a la perrera, el gato a la gatera y el pato al estanque. Tenéis que trazar una línea que vaya desde cada animalito al letrero que le corresponda, pasando por el puente y teniendo en cuenta que ninguna línea se puede cruzar.

# ANITA

## BUEN- CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS DE PIRULA.**—Huevos decorados y huevos fantásticos.—Ya empiezan a verse en las confiterías los huevos de Pascuas, de azúcar o de chocolate, o de

raso, unos llenos de bombones otros que contienen una estupenda sorpresa: sortija, dije o soldadito de plomo.

Como esta costumbre de los huevos pascuales es bastante nueva en España y como ninguna de mis Pirulindas es muy vieja tampoco, no recordaréis el tiempo en que transcurrían estas fiestas sin que nadie pensase en fabricar huevos, como no fuesen las gallinas de carne, hueso y plumas.

Ya sé que os habéis preguntado más de una vez (esta clase de curiosidades es propia de las niñas inteligentes) de qué vendrá esta costumbre y de cuando datará.

Pues bien, aquí en España, proviene de Francia; y en Francia data nada menos que de la Edad Media

Entonces, los rigores de la cuaresma eran mucho más severos que hoy; no solamente no se comía carne durante los cuarenta días, sino que tampoco se podía comer huevos. Y no menos que con un buen filete soñaba la gente con una hermosa tortilla.

En cuanto llegaba Pascua de Resurrección ya hartarse de huevos! Muchas personas, no contentas con comérselos, tenían la amable idea de enviar algunos a sus amistades. Y se estableció la costumbre de enviar—al terminar la cuaresma—como hoy enviamos en Navidad cestas con toda suerte de viandas y bebidas—una cestita de huevos.

Poco a poco, se suavizaron los rigores de la cuaresma; ya se podía comer huevos; pero siguió la costumbre de mandarlos al empezar las fiestas de Pascuas.

En el siglo XVII, a un huevoero que había en París se le ocurrió que los huevos sencillos constituían un regalo demasiado modesto; y los pintó de encarnado.

Tampoco aquellos huevos rojos eran ningún lujo que digamos; así debió pensarlo el rey Luis XIV, por cuanto los huevos que él regalaba a sus cortesanos eran no ya sencillamente rojos, sino decorados por artistas de gran fama, con figuritas, paisajes, y toda suerte de adornos pintados.

Como que en Versalles, todavía pueden verse dos huevos que pertenecieron a una hija de Luis XV (quien por lo visto adoptó la idea de su predecesor) y que están pintados nada menos que por Watteau, que fué uno de los más céle-

bres artistas de Francia. Esos dos huevos deben de ser preciosos... por fuera; si a alguien se le ocurriese cascarlos, creo que, por dentro, resultarían menos agradables. No todos los huevos de Pascua son obras de arte; pero los ha habido bastante más notables que aquellos; algunos rebasan todos los límites de la extravagancia.

Por ejemplo, a principios de este siglo, un lord inglés mandó fabricar para su novia un huevo gigantesco que media tres metros de altura y un metro cincuenta de circunferencia; era todo él de chocolate (vaya banquete ¿eh?) y contenía quinientos kilos de bombones, más un equipo de desposada cuyo lujo estaba en relación con el tamaño del huevo monstruo. Se ha dado el caso de otro huevo de Pascuas que era pequeño, de chocolate, y sencillamente anudado por una cinta rosa; por fuera no tenía nada de particular; fué regalado por un multimillonario yanqui

a su hija; la muchacha lo abrió y un grito se escapó de sus labios al par que del huevo se escapaban... joyas y pedrerías por valor de varios millones. Pero nada iguala sin duda en originalidad al huevo gigante que recibió un día una actriz francesa muy célebre y que le había enviado un admirador de su arte. Aquel huevo era de madera, tan grande que llegó cargado sobre un camión; el huevo tenía una puerta. La ilustre artista la abrió y ¿qué vió en el interior del huevo? Pues un cochecito tirado por un estupendo tronco de caballos blancos, con el cocherito en el pescante, y todo. Menos extraordinarios, pero más delicados y a veces no mucho menos costosos que esos huevos, son los que se hacen de mimbre cubierto de flores; no siempre se trata de rosas, claveles o violetas; se han dado casos de huevos enteramente cubiertos de orquídeas raras que valían muchos miles de duros.

Y sin embargo yo, a todas esas maravillas, prefiero un huevo de tamaño natural, bien decorado, pero no por artistas de fama, sino... por una de mis Pirulindas.

Por ejemplo, como los que veis en esta página y que os apresuraréis sin duda a reproducir, para lo cual os bastará con un poco de tinta China, unas briznas de lana engomada para figurar el cabello, unos trozos de papel recortado para figurar el cuello de la muñeca y del clón, la gola del Pierrot y el «madras» de la negra, y, en fin, el elemento esencial que es vuestra habilidad. Estos huevos se los podéis mandar a vuestras amiguitas, y si en los días de Pascuas, tenéis convidados a merendar, colocáis un huevo decorado por vosotras junto al plato de cada comensal. Es una sorpresa graciosa, original... y bastante económica. Además, ninguno de estos huevos os proporcionará los dis-

gustos que le dieron a Cabriglor los tres huevos del águila real que...

Pero esto es un cuento, y os lo referiré no más tarde que el domingo que viene.



GRUYDO